

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

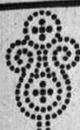
FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

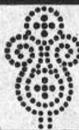
"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN



EL SANTO DE CARNE



Aquella tarde estuvo muy concurrido el confesionario de Mosen Juan. Se confesaban sólo los señores hombres y, después de rezar un poco, salían a charlar un ratito a la plaza.

Mosen Juan, desde el confesionario, atisbaba a un hombre que, arrodillado en un rincón, parecía muy contrito, pues movía muy aprisa los labios y suspiraba fuerte. No iba vestido del calzón de la tierrica, sino que llevaba enfundadas las piernas canijas en sendas perneras verdaderos mosaicos de retazos y recortes. La menguada capa también se componía de diversos retales, y por ende tenía más costuras de las ordinarias. Todo lo cual decía bien a las claras que nuestro hombre era sastre, y sastre en jefe del pueblo, pues era el único. La crónica lugareña por boca de las *tías*, susurraba que el sastre se vestía de sisa; pero él protestaba contra tamañas calumnias.

El señor cura, cada vez que terminaba de confesar un penitente, miraba al rincón y el sastre tosía. Pasaban uno tras otro los penitentes; pero el sastre, suspira que suspira, no se movía de su sitio. Poco a poco se fué quedando desierta la iglesia, y por fin solos quedaron Mosen Juan y el sastre. Entonces la figura acurrucada del maestro de la aguja se desdobló, púsose tiesa como una espetera, suspiró con más fuerza, hizo genuflexión ante el Santísimo y volvió a doblarse delante del cura.

El cual apostrofó a su penitente con este exabrupto:

—Mucho suspiras, Perico— pues así se llamaba el sastre.—¿Es que te pesan los pecadicos que has cometido durante el año?

—Me pesan los de los demás señor cura.

—¡Carape! ¿Y los tuyos?

—No tengo ninguno.

—¿De veras?

—De veras.

—Siquiera alguna mentirica, alguna sisa, algún desviamiento de tijera...

—Nada, nada interrumpió el sastre.

—Pues ¿por qué vienes a confesarte?

—Por justificarme, Mosen Juan. Dicen de mí, y muy mal dicho: hablan y muy mal hablan; me *calunian* y muy mal *caluniao*. Por eso suspiro, por los pecados ajenos; por eso, señor cura, por eso.

—Pues tú eres un santo, Perico.

—No tanto, señor cura.

—¡Y santo muy grande, carape! Si dice el Evangelio que el justo cae siete veces al día...

—Pues se equivoca el *vangelio*.

—No disparates, bárbaro: Dios no se equivoca. Y si Dios dice que el justo cae siete veces al día, es decir, muchas veces, tú, que no caes nunca, eres un gran santo.

—Señor cura...

—Es la pura verdad. Perico, tú debes estar en los altares ¡Un santo en mi parroquia!... ¡Providencia divina! ¡Y el que menos me pensaba! Vaya, hijo, no te doy la absolución porque no hay materia; pero te doy mi bendición *in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*...

—Amén—terminó el sastre enderezándose, mientras el confesor se quitaba la estola.

El santo feligrés volvió a arrodillarse en su rincón con mística compostura, doblando el cuello como higo maduro, entornados los párpados, entreabiertos los labios para dar paso a un murmullo, mezcla de oraciones y suspiros... Eso por fuera, que por dentro le bailaba el alma de puro contento. ¡Carraspis! ¿No había de estar alegre? Mosen Juan le creía un santo, y su fama hartó averiada por chismes de arroyo, renació limpia de sospechas en el ánimo del cura.

Este, después de salir del confesionario estaba pensativo en medio del presbiterio, rascándose la barba con el índice y mirando, ora al nuevo santo de carne y hueso que tenía en su parroquia, ora a la bóveda de sobre el altar mayor. Luego, tras de la corta cavilación, se dibujó en sus labios una sonrisa indescifrable, y dijo dirigiéndose al devotísimo sastre:

—Oye, si no te molesto, ¿quieres

ayudarme a bajar aquel santo de su pedestal?

—¡Vaya, no faltaba más! Con muchísimo gusto.

El santo a que se refería Mosen Juan, era un San Roque, tallado en madera, que estaba colocado en lo más alto del altar mayor y a su izquierda. Las sombras de la bóveda medio lo ocultaban y le daban un aspecto misterioso.

—Necesito arreglarlo un poco, que el pobre está algo viejo, prosiguió el cura, arrimemos la escalera, tú subes con una cuerda y me lo descuelgas desde arriba.

—Sí, señor, así lo haré.

—Pero no te ruede la cabeza.

—No hay cuidado.

Una vez arriba el sastre, empezó a descolgar el santo, y el cura apartó la escalera para que no tropezara en ella la estatua. Cuando terminó el descenso dijo el señor cura.

—Suelta la cuerda, Perico,—y el sastre la soltó. Entonces el cura metió en la sacristía las cuerdas, la estatua y, por último, la escalera.

—¡Chis! ¡chis!—decía el sastre alarmado.—¿Qué hace usted?

El cura, que se hacía el sordo, cogió su sombrero, se arrodilló un momento y se dirigió a la puerta con ánimo de abandonar la iglesia, sin hacer maldito el caso del sastre.

—¡Señor cura! ¡señor curaaa!—gritó éste.

—¿Qué hay?—contestó el presbítero con aire de extrañeza.

—¿Se olvida usted que he de bajar de aquí?

—¿Qué estás diciendo, Perico? Tu sitio es ese. Eres santo y has de estar en tu hornacina. ¿De qué te quejas?

—¡Pero Mosen Juan!—gimió el sastre.

—Ruega por mí, Perico de mi alma—terminó el cura saliendo de la iglesia.

Y quedó solo el sastre. ¡Ay pobre, qué cara le iba a salir su santidad! Allí, a su lado, un San Antonio de barbas venerables, parecía semisumido en contemplación profunda; debajo de él un angelote semidesnudo tendía las alas de oro; más a la derecha le miraba de hito en hito un San Miguel con su espada desenvainada y parecía decirle: ¿Qué haces aquí? Aquellos ojos inmóviles posados sobre él, aquellas estatuas silenciosas,

de mirada fija como la de los muertos, aquellas sombras que bajaban de las bóvedas cada vez más densas, aquel silencio sepulcral y hasta el chisporroteo de la lámpara del Santísimo, cada cosa separada y todas juntas infundían en el ánimo del sastre, ya temeroso de suyo, un pavor que le hacía dar diente con diente y hasta rodilla con rodilla.

—¡Ay, glorioso San Miguel—murmuraba el pobre mirando de soslayo al arcángel—yo no estoy aquí por mi voluntad.

—¿Pues por qué has dicho que eres santo?—parecía contestarle la estatua con voz terrible.

El sastre apartó los ojos de aquellos otros que le daban miedo y los volvió a la hornacina que le cobijaba. Una araña negruzca agitaba las patas buscando la cara del sastre, admirada a la vez de la movilidad de su nuevo huésped.

—¡Uf!—dijo éste—y aplastó la araña, con el hombro. Quiso luego sentarse acurrucarse al menos; imposible. Tenía que mantenerse derecho sobre el pedestal, pues cualquiera otra postura era peligrosa.

¡Qué congojas las del sastre! Entonces sí que rezaba con devoción y decía: «¡Santos gloriosos que estais a mi lado, ángeles benditos, soy pecador! ¡No soy santo, no! ¡No miente el evangelio! ¡Yo siso, yo soy embustero! ¡Perdón, santicos perdón!»

Entretanto la noche se venía encima: llegó la hora del Rosario y la campana llamó a los fieles. El sastre cobró esperanza. Cesó de tocar la campana y se oyeron los pasos del sacristán que bajaba de la torre mientras dos viejas entraban en la iglesia.

—¡Pst! ¡Psst!—dijo el sastre. El sacristán miró hacia arriba asustado.

—Pelegrín, soy yo—continuó el sastre con angustia.

—¡Jesús! clamó el sacristán, mirando hacia donde salía la voz, sin poder descubrir la persona que la producía, porque las sombras la ocultaban.

¡Pelegrín! ¡Pelegrín!—volvió a clamar con más ahínco el de arriba; pero su voz, ahuecada y desfigurada por las bóvedas, llegaba al sacristán como cosa del otro mundo.

—¿Qué quieres, santo glorioso?—contestó el de abajo postrándose y enlazando las manos delante del pecho.

—¡Milagro!—gritaron las mujeres, y la noticia salió a la plaza, cundió por el pueblo y el templo se llenó rápidamente. Entonces entró el cura.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso—repetía. —Un santo que habla—le respondieron.

—¡Mosen Juan!—gritó el *santo* con una voz que parecía un lamento.

—Pues me llama, ¿qué querrá el santo bendito?—dijo el curá acercándose al altar.

Entretanto el sacristán había encendido algunas velas y todos pudieron ver que el santo llevaba pantalones.

—¡Ay, si lleva pantalones!

—Si es de carne.

—¡Rediez!... ¡Un santo de carne!
—¡Un santo de carne!—repetieron todos.

—¡Soy yo, hermanos!—dijo el santo de carne y hueso—soy Perico el sastre.

—Ya lo oís—afirmó el cura—es el sastre, que es un santo y os habla desde el altar.

—¡Ay, porretero! ¡Y es verdál!

—¡El sastre santo! ¡Jé! ¡Jé!

—¿Santo el trapacero?—dijo una mujer, y prosiguieron las demás.

—¿Un santo ladrón?

—Que sisa.

—Que se viste de lo que roba.

—Que miente más que habla.

—Que es un tramposo.

—Callad—dijo el cura, y luego añadió—¿qué te parece de la letanía que te rezan, Perico?

—¡Que dicen la verdad, señor cura!—contestó el de arriba con voz enferma.

—Sacristán, arriba la escalera—dijo el cura al momento que oyó la humilde confesión del santo intruso.

Y el sastre bajó de su pedestal entre el murmullo y la risa de sus parroquianos. El pobre no sabía donde poner los ojos, tal era la vergüenza que experimentaba.

—¿Qué quiere decir esto, señor cura?—preguntó un feligrés.

—Quiere decir—contestó Mosen Juan alzando la voz—que ninguno se haga más santo de lo que es, no le suceda lo que a nuestro buen Perico.

Desde entonces ya no eran los pantalones del sastre de retazos y, cuando se confesaba, no suspiraba por los pecados ajenos y le pesaban los propios.

FR. MANUEL SANCHO

Mercedario,

A San Juan Bautista en el Bautismo de Jesús

Agua del Jordán
suave se desgrana
a impulsos de Juan.
Repica, campana,
repica a victoria,
toca con afán,
porque esta mañana
al Rey de la Gloria
le bautizó Juan,
y Dios que se ufana
del agua que mana,
bautizó al Jordán.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ.

Gijón, junio 1945

.....
*Cuando las revoluciones aparecen,
las Constituciones pasan, los pueblos pasan, los reyes pasan, y el lugar de las Constituciones, de los reyes y de los pueblos, que se retiran de la escena, invade la escena el caos.*—DONOSO CORTÉS.

COMO EL PACIENTE JOB

Allá en una de las casucas que, diseminadas, iban formando el suburbio que recordé en otra crónica y que bordean el camino que lleva al lugar donde duermen los que fueron, vivía Juan, el pobre albañil, tan cargado de hijos como de achaques.

Hijos, tenía ocho: achaques, tantos que sin serlo, le hacían parecer viejo y le impedían con frecuencia trabajar.

Lamentábase de ello el pobre Juan, pero no con quejas ágras y desesperadas, sino doblándose sumiso bajo el infortunio, del que se consolaba con la esperanza en Dios, a quien no pedía riquezas, sino solamente lo que nos dijo un día que mi compañero le quiso animar con risueñas esperanzas.

—Señorito; pobre nací y pobre moriré, y no quiero más que el Señor me deje ir tirando hasta que estos rapaces sean mayores y que después me lleve p'allá, que mejor se ha de estar con Él que por acá abajo, donde no se ven más que maldaes que dan pena. ¡Y todavía me vienen a decir que uno es bobo porque pasa por lo que Dios quiere que pase! ¡Como si ellos sacasen algo de decir barbaridades contra Dios! ¡Val más, val más dejar esti mundo de perdición!

En el libro de Job se lee esto mismo que decía Juan: "Allí cesa el ruido que los impíos mueven, y allí vienen a descansar los de fuerzas cansadas".

Era de ver aquella fe tan sencilla marchar tan cierta hacia el supremo fin, en tanto que otros más cultos y leídos claudican tan pronto como el enemigo les opone un argumento o una burla, de los que triunfan estos humildes, que resisten la tempestad como las frágiles navicillas que llegan a la playa, mientras sucumben las naves poderosas al furor de las olas.

Pasaron años durante los cuales Juan, cayendo y levantando, crió a sus hijos, que, empezando por ayudarle, fueron en sus últimos días su sombra y su sostén.

Y supe que aquel hombre, que yo recuerdo después de tanto tiempo, vestido con aquel traje de desteñido mahón, había muerto en una placidez edificante.

Un día llamó Juan al mayor de sus hijos y le dijo que iba a morir. Quiso el hijo animarle con frases de esperanza; pero él le contestó que no le entristecía la hora que llegaba, porque estaba confiado en la bondad de Dios, y que quería morir como un cristiano. Y se avisó a la Parroquia.

Entró en la pobre vivienda el Santo Viático del último viaje y Juan quiso levantar los brazos hacia el Señor que entraba, pero no pudo ya, sino que cayeron debilitados sobre el pecho, mientras brotaban de la frente el sudor de la muerte y de los ojos lágrimas de ternura que iluminó con su placidez el rostro del justo.

Y Dios se comunicó a su siervo que,

como si esperase al Señor para emprender la marcha, paseó su mirada por sus hijos que rodeaban el lecho, como despidiéndose de ellos, y cerrando los ojos fué extinguiéndose poco a poco, mientras en sus oídos se apagaban, primero el sonido de la campanilla que se alejaba, después los ruidos más cercanos y por último las palabras que le decían al oído, hasta que tranquila y suavemente se apagó la vida sin las angustias de los que al verse frente a la eternidad son presa del pavor; porque Dios, en frase del mismo libro, "hablará al pobre al oído y le librará de angustia"; porque estas almas buenas saben, como el justo de Hus, que Aquel a quien han de ver con sus propios ojos cuando en el último día resuciten del polvo, no va a ser su Juez, sino su Redentor; porque estos pobres, que más que de condición lo son de espíritu, los pacíficos, los limpios de corazón, son los que Jesús, en el sermón de la Montaña, llamó bienaventurados.

J. R. SPOK

SENTENCIA DE UN SABIO (HISTORIETA)

Un pobre hombre iba cierto día al monte por una carga de leña para venderla después, y comprar con su producto pan para alimentar a sus hijos, cuando encontró en el camino una bolsa y dentro de ella 100 doblones de oro, cuya vista alegróle el corazón.

El aldeano los contó con placer, formó proyectos y echó cálculos agradables, descubriendo delante de sí un porvenir de abundancia y de felicidad.

Después, reflexionando que aquel dinero tendría su dueño, se avergonzó de sus proyectos y, escondiendo la bolsa, se marchó al campo a su trabajo.

Pero al llegar la noche la leña no se había podido vender, y el aldeano y su familia no tenían pan.

—¡Terrible tentación!—decía el pobre hombre;—pero ese dinero no es mío, y no debo gastarlo. Dios, que cuida de las aves del campo, cuidará de mí y de mis hijos.

Por la mañana se pregonó por las calles de la inmediata ciudad, el nombre del que había perdido el dinero, ofreciendo 30 doblones al que lo entregase.

—Aquí teneis vuestro dinero,—dijo el aldeano, presentándose a su dueño.

Pero éste, por librarse de pagar la oferta, examinó la bolsa, contó el dinero y dijo fingiendo enojo:

—Mi bolsa es esta, pero el dinero no está completo, porque yo tenía en ella 130 doblones, y solo me traéis 100: con que os habéis guardado lo demás y esto no puede quedar así. Voy a pedir que os castiguen por ladrón.

Los dos contendientes fueron conducidos a presencia del juez, quien comenzó diciendo al aldeano que le hiciese una relación sencilla y verdadera del suceso.

—Yo, señor—contestó—encontré la

bolsa yendo al monte; conté el dinero, y sólo había 100 doblones.

—¿Y no has pensado que con ese dinero podrías ser feliz?

—Tenía en mi casa a mi mujer e hijos esperando la leña que había de llevar a vender, y comprar pan. Perdonadme, señor, si miré con codicia ese dinero. Después reflexioné que tendría dueño, tal vez con más obligaciones que yo; lo escondí, y en vez de volver a mi casa me fuí a trabajar.

—¿Has dado cuenta a tu mujer del hallazgo?

—He temido su codicia, y me he callado.

¿Y nada, absolutamente nada, has tomado de la bolsa?

—Señor, mi familia, mis pobres hijos han quedado sin comer, porque la leña no se pudo vender.

—¿Qué decís?—preguntó el juez al dueño del dinero.

—Señor, que todo lo que dice este hombre es falso, porque mi bolsa tenía 130 doblones y sólo él se ha podido quedar con los que faltan.

—Por ninguna parte hay pruebas,—dijo el juez;—sin embargo, creo que este pleito es fácil de sentenciar. Tú, pobre aldeano, refieres el hecho con tal naturalidad, que no es posible dudar de lo que dices, mucho menos cuando pudiste guardarlo todo o una pequeña parte. Tú, comerciante, gozas de buena posición y de mucho crédito para que podamos presumir de tí un engaño. Diciendo los dos verdad, es claro que el bolsillo que se ha encontrado este hombre con los 100 doblones es distinto al tuyo, que tenía 130. Recoje, pues, buen hombre,—dijo al leñador, y llévalo a tu casa hasta que parezca su dueño, y si por casualidad te vuelves a encontrar otro con 130, llévalo a este honrado comerciante, que entonces como será el suyo, te dará los 30 doblones que ofreció. Entretanto, como premio de la honradez con que te has portado en medio de tu pobreza, señalo para tí y tu familia 30 doblones al año sobre mis rentas.

El tal juez, fué el duque Alejandro de Médicis.

Solución al Jeroglífico núm. 16

"SOBRESALIENTE".

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Por aquellos días estaba Jesús en Jerusalén y en la mañana se fué al Templo en donde rodeado de multitud comenzó a enseñar según costumbre de los rabinos o maestros.

Explicaba su doctrina cuando el murmullo de gente distrae su atención. Escribe y fariseos, abriéndose paso entre la multitud que estaba alrededor del Maestro, se llegan a él. Traían en medio, avergonzada y temblorosa a una pobre mujer a la que colocaron delante diciéndole:

—Maestro, ésta mujer acaba de ser sorprendida en flagrante adulterio. Moisés en la ley nos manda apedrear a semejantes mujeres. Tu ¿qué dices?"

Jesús comprendió toda la maldad de aquellos hombres que le presentaban un caso de difícil solución para el corazón misericordioso del Maestro de Nazaret. La ley sagrada de Moisés ordenaba que fuese apedreada, pero la pena de muerte estaba reservada a los romanos y cualquiera que fuese la solución, ésta no sería justa con la justicia que predicaba Jesús de Nazaret.

¿Qué hizo Jesús?: No respondió. Sentado como estaba inclinose un poco y en actitud de hombre pensador púsose a escribir en tierra algo que no ha podido ser interpretado. Tal vez algún recuerdo oculto y vergonzoso para los acusadores.

Impacientes le instan preguntando una y otra vez.

Y el Maestro levantándose gravemente les dijo:

"El que de vosotros esté sin pecado arroje sobre ella la primera piedra";

E inclinándose de nuevo continuó escribiendo en la arena.

El mundo se ha vuelto loco. De él ha desaparecido el concepto del honor, de la

justicia, del deber, del cumplimiento a la palabra dada.

Las normas de convivencia internacional no son respetadas, la ley del más fuerte es la única norma de derecho.

Si el más fuerte vence y no está la justicia de su parte, será la injusticia entronizada como ley. Se sientan precedentes absurdos que pudieran servir de norma para el futuro y cuando la paz llega a las naciones surge dentro de ellas la guerra fraternal, más cruel y más dolorosa.

Los vencedores de hoy erigiéndose en árbitros de la justicia y estableciendo su criterio como único principio jurídico decretan las muertes por millones; tratando de cubrir la espantosa carnicería de la paz con denominaciones modernas que toda inteligencia cristiana ha de rechazar forzosamente.

La justicia es algo muy sagrado que ha de estar por encima de las pasiones de los hombres. Y no han de ser "los que están en pecado quienes tiren la primera piedra". Sus manos no están limpias, su conciencia les rechazará la primacía en el ejercicio de la justicia y ésta no podrá pesar serenamente la balanza porque en un platillo pesa más el odio y la venganza que la serena imparcialidad en el enjuiciamiento de los delitos cometidos.

El mundo se ha vuelto loco. Las pasiones viven desatadas. Los pueblos no saben lo que quieren y no es todo el pueblo, ese que más grita ni los que más manifiestan sus deseos apasionados de venganza.

El pecado está más alto. Son las causas y no las consecuencias las que hay que atacar para evitar que la humanidad esté para siempre dividida por un charco de sangre.

La guerra llega ahora a los mismos pueblos y a lo más íntimo del hogar. Las familias se desunen víctimas del huracán que si ha hecho enmudecer los cañones ha traído el recelo, la desconfianza, la desilusión ante una paz que ha sido el comienzo de una guerra más cruel.

Examine cada uno su conciencia. Y lea en su corazón las palabras que no han sido comprendidas y que Jesús de Nazaret escribía en las arenas del Templo de Jerusalén. Tal vez cada uno meditando sus actos pueda comprenderlas y avergonzado tenga también que retirarse del tribunal de la justicia que pretende juzgar a los pecadores.

Arbitrario y peligroso precedente es el concepto moderno que se otorga a los responsables de la guerra.

¿Quiénes en justicia podrían tirar la primera piedra?

—Mujer donde están los que te acusaban—. ¿Ninguno te ha condenado?
—Ninguno, Señor. R,

COMENTANDO

EL TRANVIA

El tranvía es un vehículo normal, serio y austero, que en su gravedad presta al hombre grandes servicios sin restarle decoro y dignidad. Que conste que yo no soy accionista de ninguna Compañía de tranvías. En él se montan sesudos varones y recatadas damas con la seguridad absoluta de la más completa estabilidad. Es serio y anda como Dios manda, sin titubeos ni contorsiones y sin ridículos giros y piruetas equilibristas. Su normal funcionamiento está garantizado por el uniforme

elegante de dos hombres, uno de los cuales siempre va asomado a la ventana anterior y el otro se dedica a tocar el silbato.

Su vida es un ejemplo de vida ciudadana. De él debían de copiar para norma de sus existencias muchos mortales. Son muchos los que andan con los pies y piensan también con los pies. El tranvía "anda" con las ruedas y discurre con el trole. Para darnos ejemplo de vida de familia, todos los domingos sale a pasear con su señora la Jardinera, y la lleva a la playa y a la campiña, pero en su austeridad recoleta, no se para en el festejo y da la vuelta para casa contento con echar solamente una ojeada. Algunas veces se acompaña en su paseo también de sus hijos del alma.

Ejemplo de cuidadosa y matemática organización, se numera él mismo y numera a los suyos para que cada uno responda de sus actos. El tranvía es un emblema de la justicia. Ajusta sus salidas al camino trazado de antemano y da vueltas y más vueltas por la misma vía sin señal de cansancio o de protesta. Bien es cierto que algunas veces se le ocurre pararse y atrancarse en su camino cabalgando sobre la vía. Esto es debido a que también en su raza hay tranvías de mal trole como hay hombres de mala cabeza. Pero estos son pocos. Los tranvías; no los hombres.

Lo normal es que se contenten con su suerte y den sensación de sentido común

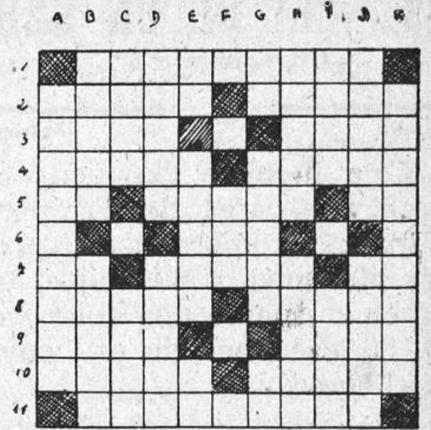
al caminar sobre unos railes que muchas veces no los conducen a los sitios donde por capricho les apetecería ir en su calidad de tranvías mimosos.

Yo les levantaría una estatua en la que se viese a un tranvía elegantemente bello... atropellando a una bicicleta.— HERO.

Crucigrama núm. 14, por Morán

HORIZONTALES.—1. Dícese de los que tienen mal carácter.—2. Partidaria - Campes- tre.—3. Respira - Costumbre.—4. Al revés, asó- ciese - Resorte.—5. Al revés, preposición - Nú- meros - Terminación verbal.—6. Consonante - Co- razón - Vocal.—7. Contracción - Peña escar- pada - Nombre de consonante.—8. Asignar cupo de alguna cosa - Al revés, nación de la antigua Galia.—9. Al revés, dícese del que repite lo que otro dice - Dios mitológico de los vientos.—10. Terrenos escarpados - Arbustos pinchosos.—11. Variedad de monos africanos.

VERTICALES.—A. Que alegra y anima.—B. Hace pan - Al revés, cuero con mucho brillo.— C. Servicios que prestaban antes los indí- genas - Carraspeé. D. Al revés, lago ruso - Al revés, en la boca.—E. Deidad - Poner el yugo a la punta - En los taxis.—F. Consonante - Isla antigua del archipiélago de las Cícladas - Vocal.—G. Terminación verbal - Constante, que no abandona una idea o empresa fácilmente - Pre- posición.—H. Resistas - Al revés, oración.—I. Al revés, rey de Persia - Conjunto de cosas.—J. Al revés, empinadas - Plural, pasión de amor.—K. Ensalzaríamos.



CESAR A. PRIETO
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115
GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacio-
nal del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pués a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO